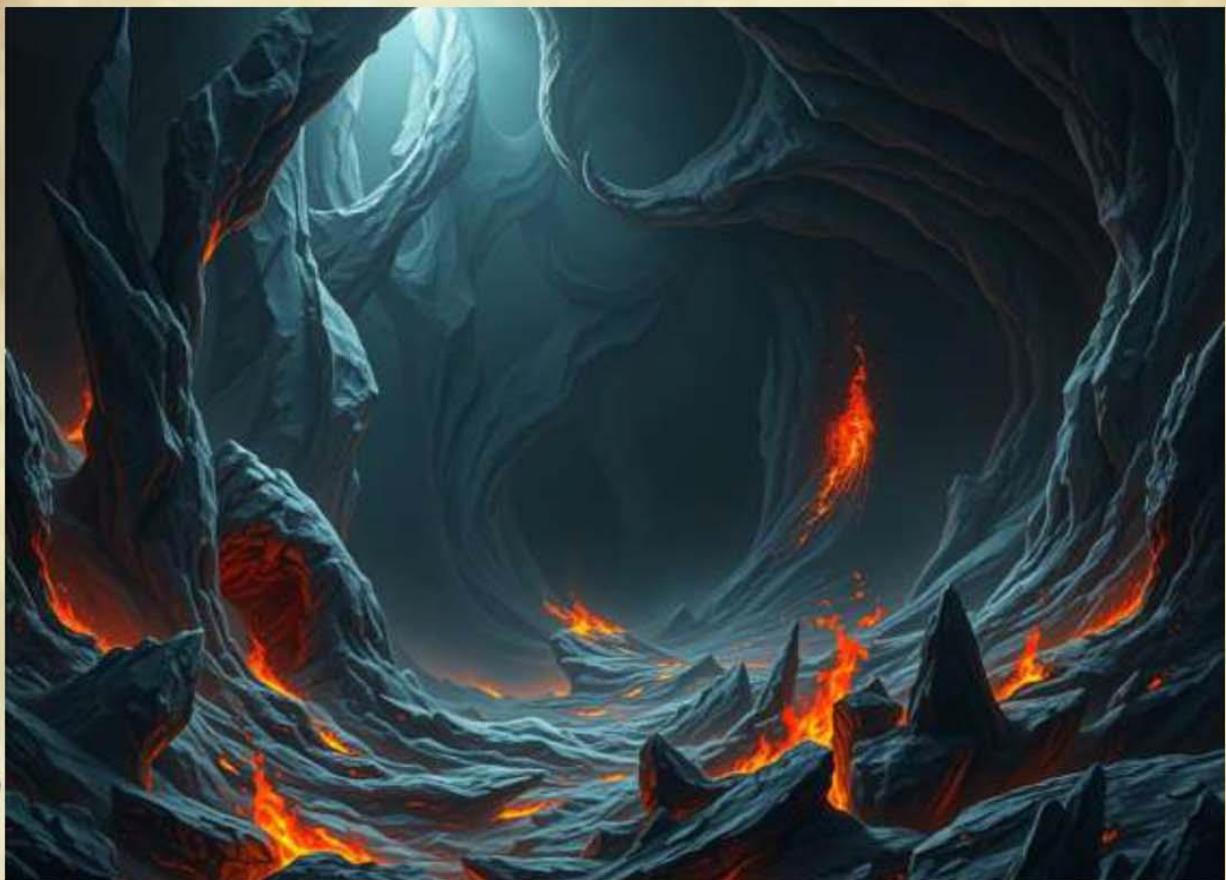


Odin y La batalla de las runas



El silencio del abismo

Antes del tiempo y del canto, antes de que la luna conociera el rostro del lobo, existía solo el Gran Abismo, Ginnungagap. En sus bordes, el hielo y el fuego dormían, y en su centro palpitaba un secreto antiguo como el vacío mismo. No era una cosa ni un ser, sino **el Lenguaje del Todo**, el tejido oculto del universo, **las runas**.

Las runas no eran meros signos. Eran huesos del cosmos, vibraciones que sostenían el tiempo, el destino y los nombres. Y quienes las conocieran, podrían hablar a los vientos, doblar los árboles, romper los lazos de la muerte o tejer profecías con la lengua.

Pero nadie, ni los dioses ni los gigantes, las conocía. Estaban custodiadas por las Nornas, las tejedoras del destino, bajo las raíces del gran fresno **Yggdrasil**, donde el pozo de Urd escondía sus secretos más profundos.



Odín y el hambre del saber

Odín, el Padre de Todos, señor de Asgard y de la lanza que nunca falla, no era un dios como los otros. Mientras Thor buscaba gloria en el trueno y Freyja danzaba entre el amor y la muerte, Odín buscaba **saber**.

No dormiría tranquilo mientras hubiera un secreto que no conociera. Había entregado un ojo por una gota de sabiduría en el pozo de Mimir, y aún así, su ansia ardía.

—He visto los hilos del destino —dijo una noche a Frigg, su esposa—. Pero no los entiendo. ¿Qué fuerza los teje? ¿Qué palabras los atan?

Frigg, que sabía más de lo que decía, solo le respondió:

—Las Nornas no hablan, Odín. Solo las runas hablan por ellas.

Entonces lo supo: si quería dominar el destino, debía **robar las runas**.



El sacrificio del colgado

Las Nornas no entregan nada. Ni por trueno, ni por oro, ni por promesa. Por eso, Odín ideó un sacrificio tan grande que incluso las raíces del mundo se estremecerían.

Una noche sin luna, caminó hasta la rama más alta de Yggdrasil. Allí, se atravesó con su lanza **Gungnir**, y se colgó del árbol durante **nueve días y nueve noches**, sin comida, sin agua, sin ayuda. Su sangre goteaba entre las hojas eternas. Su cuerpo temblaba entre el dolor y el trance.

No rezó. No pidió. Solo **esperó**.

Al noveno día, cuando su alma comenzaba a disolverse en la niebla del Niflheim, **vio**. Las runas se revelaron ante él no como símbolos, sino como **ecos del universo**. Cada una cantaba una verdad: sobre la muerte, sobre el amor, sobre el fuego, sobre el hierro, sobre lo inevitable.

Entonces **cayó del árbol**, muerto por un instante y renacido con la lengua del cosmos en sus labios. El conocimiento le había sido entregado.

Pero era un regalo envenenado.



El robo a las Nornas

Odín sabía que el conocimiento no bastaba. Las runas vivían, se movían, cambiaban. Para llevarlas al mundo de los hombres, debía **tomarlas**. Y para eso, debía enfrentarse a quienes las custodiaban.

Las Nornas no son diosas ni gigantes. Son **más antiguas que ambos**. Se sientan junto al pozo de Urd y escriben los destinos en cortezas de árbol, mientras el fresno las alimenta con su savia.

Odín descendió en forma de cuervo, con capa negra y sombrero de ala ancha. Pero ellas lo esperaban.

—No se roban las palabras del mundo —dijo Urd.

—Ni se enseñan al capricho de los dioses —añadió Verdandi.

—El futuro no es un juguete, Padre de Todos —concluyó Skuld.

Pero Odín ya no era solo un dios. Era el **colgado**, el que había visto el canto de la muerte, el que se había sacrificado por el saber. Y aunque sabía que jamás podría vencerlas, **las desafió**.



El eco del poder

Desde entonces, las runas se graban en piedras, se tallan en madera, se pintan en escudos. Se usan para leer el futuro, para curar heridas, para invocar protección o para maldecir enemigos.

Pero cada vez que una runa es trazada, **las Nornas escuchan**. Y en los pozos del destino, ajustan los hilos. Porque aunque Odín las robó, el precio no fue solo el sacrificio... sino también **la deuda**.

Y Odín lo sabe. Cada vez que pronuncia un hechizo, siente el eco de las Nornas en sus huesos. Porque el conocimiento no es un trofeo: **es una carga**.

Epílogo: El saber no tiene dueño

Muchos siglos han pasado desde aquella batalla bajo Yggdrasil. Los hombres ya no recuerdan los rostros de los dioses, pero las runas permanecen. En tatuajes, en grimorios, en piedras antiguas o sueños olvidados.

Las runas para los hombres

Odín regresó a Asgard, triunfante y herido. Las runas ardían en sus manos. No podía contenerlas. Saltaban de sus dedos, flotaban en el aire, buscaban nuevos labios que las pronunciaran.

—No puedo quedármelas —susurró—. El precio fue mío, pero el regalo debe ser del mundo.

Así descendió al Midgard, el reino de los hombres. No lo hizo como dios, sino como un viejo errante, con barba desordenada y mirada profunda. Recorrió los bosques, las costas y las aldeas. A cada sabio, a cada guerrero, a cada madre junto al fuego, les enseñó una runa.

Fehu, la riqueza.

Uruz, la fuerza.

Ansuz, la palabra.

Raidho, el viaje.

Kenaz, la antorcha.

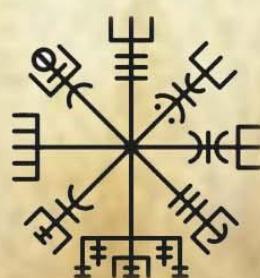
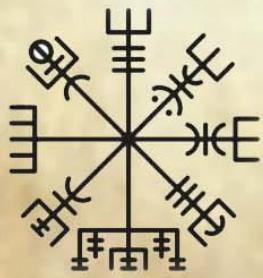
Gebo, el don.

Wunjo, la alegría.

Hagalaz, la tormenta.

Eihwaz, el árbol de la vida.

Y así, letra por letra, **los hombres aprendieron a nombrar su destino**.





El eco del poder

Desde entonces, las runas se graban en piedras, se tallan en madera, se pintan en escudos. Se usan para leer el futuro, para curar heridas, para invocar protección o para maldecir enemigos.

Pero cada vez que una runa es trazada, **las Nornas escuchan**. Y en los pozos del destino, ajustan los hilos. Porque aunque Odín las robó, el precio no fue solo el sacrificio... sino también **la deuda**.

Y Odín lo sabe. Cada vez que pronuncia un hechizo, siente el eco de las Nornas en sus huesos. Porque el conocimiento no es un trofeo: **es una carga**.

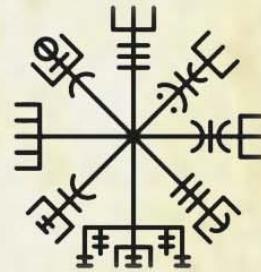
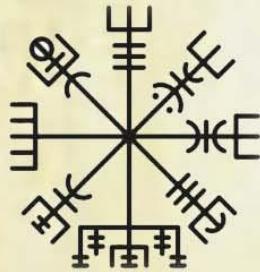
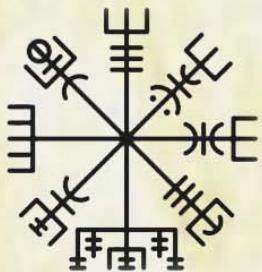
Epílogo: El saber no tiene dueño

Muchos siglos han pasado desde aquella batalla bajo Yggdrasil. Los hombres ya no recuerdan los rostros de los dioses, pero las runas permanecen. En tatuajes, en grimorios, en piedras antiguas o sueños olvidados.

Dicen que quien sepa leerlas con el alma, puede escuchar la voz de Odín susurrando:

—El destino se escribe. Pero también se lee.

Y así continúa el canto eterno de las runas, robadas, entregadas, vivas.



R Æ þ F R < X + P H
Y H U B M M R X N Ø



Erik el rojo